

El ideal de santidad en San Juan de la Cruz

MARÍA TERESA GRAMAJO

Universidad Nacional de Tucumán

Como espectador atento o como actor interesado el hombre no ha podido eludir a lo largo de la historia, los problemas vinculados al destino último de su existencia y a la realización de sus ansias de eternidad y, sin embargo, apasionado o indiferente ha debido asistir a la culminación (si efectivamente ha habido alguna) y derrumbe de sus ideales.

Si social o históricamente es poco menos que imposible hablar de plenitud en la búsqueda, siempre renovada, de un ideal, ya que cada uno es, en mayor o menor extensión, fruto de determinadas circunstancias, podemos percibir, sin embargo, que en todas las épocas ciertos ideales y aspiraciones humanas que lograron liberarse de las vicisitudes del tiempo y de las limitaciones del lugar, han alcanzado un valor permanente y un grado más elevado de universalidad.

Los ideales de vida que sustentaron los hombres que lanzaron su voz fuera del tiempo, tienen extraordinaria semejanza entre sí; en casi todos ellos se advierte por igual: la necesidad de llegar al conocimiento y posesión de una realidad universal y eterna; despego total de las cosas de este mundo y desprendimiento absoluto del propio ser; por último, fundamento, impulso y móvil de todo lo demás, es la práctica de la caridad, el único auténtico camino en el arduo peregrinaje del progreso espiritual y que es transparente desnudez, vacío amor y absoluto desinterés.

Este ideal del "desprendimiento" ha sido realizado algunas veces, en toda su profunda y deslumbrante plenitud, por el ideal del santo cristiano fundado en el Evangelio de Jesús. Aunque la fuente de la que se nutre este ideal es siempre la misma, el *Evangelio*, el camino que conduce a la perfección no es uniforme; varía desde la soledad y aislamiento espiritual y físico del ermitaño o anacoreta, sin más regla

que el conocimiento del Evangelio y su propia inspiración, hasta el monje conventual sometido a una regla pre-establecida con autoridad absoluta; desde los ejercicios que proporcionan un método adecuado para dominar los impulsos, fortalecer y dirigir la voluntad y elevar los sentimientos, hasta las profundas y a veces inconquistables vías para alcanzar el nivel más alto de contemplación mística.

San Juan de la Cruz, a pesar de haber vivido dentro de una determinada comunidad cristiana, es uno de los grandes místicos solitarios. Toda su obra es la más rotunda afirmación de que, únicamente la "sequedad" y soledad del alma pueden conducir a la estrecha puerta de la perfección que, en su plenitud, es unitivo-conocimiento-amor de Dios según el lenguaje de San Juan de la Cruz.

"Los bienes de Dios que están fuera de toda medida sólo pueden ser contenidos en un corazón vacío y solitario". En ésta y otras expresiones semejantes San Juan de la Cruz ha señalado, no solamente el camino que conduce a la "vida", sino también la más dramática de las limitaciones del hombre. En su ascensión a Dios, el alma no sólo ha de escapar del mundo y despojarse de sus apetitos, sino que ha de huir también de sí mismo, de sus limitaciones y miserias, en el refugio de la "noche" y al abrigo de su protectora oscuridad. "¡Oh, miserable suerte, la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce! Pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso. . . ! y lo que más luce y llena nuestros ojos, lo abrazamos y vamos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que a cada paso nos hace dar de ojos. En qué peligro y temor vive el hombre, pues la misma lumbrera natural de sus ojos con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios! Y que si ha de acertar a ver a donde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos e ir a oscuras para ir segura de los enemigos. . .".

Aun cuando al comienzo de la *Subida al Monte Carmelo*, San Juan de la Cruz nos hable en la "noche del sentido" de la privación y mortificación de los apetitos, supone ya superado el cuerpo y sus inclinaciones terrenales y las andanzas del alma por los caminos del pecado. Aunque el mundo sea uno de los enemigos que acechan contra el alma, no lucha con él; el camino que señala San Juan de la Cruz a los ya iniciados, a quienes se dirige, es puramente interior. Menos que una puerta para salir del mundo, busca un camino para llegar a Dios. En procura de El, entra en la "noche del sentido", lo que es tanto como

dejar el alma a "oscuras y sin nada", pues careciendo los sentidos de la fuente que los nutre, se produce en ella un "vacío de todas las cosas". Únicamente a través de la "noche del sentido", el hombre logra elevarse por encima de lo que hay en él de exclusivamente natural, pues la "desnudez" y despego absoluto de sus deseos en este camino de progreso moral y espiritual, es indispensable, no sólo para la pura contemplación de Dios, sino también para "alcanzar la plena y real libertad espiritual".

Esta mortificación del sentido implica algo más que severas austeridades físicas. Las penitencias y los ejercicios voluntarios no tienen otro valor que el de ser meros instrumentos o medios, pero no conducen por sí mismos hacia el fin último del hombre. Más aún: una ciega adhesión o un culto exagerado a estas prácticas de mortificación, sólo pueden constituir un obstáculo en el camino de la beatitud y en la conquista de la eternidad. La auténtica mortificación es la que conduce a la liberación del egoísmo, de la obstinación, de la ceguera moral, de la angustia de lo que no se posee, de la desesperación de querer más, de la constante insatisfacción que produce la mediana posesión de los bienes materiales. En este sentido afirma San Juan de la Cruz: "El que no sintiere libertad de espíritu en las cosas y gustos sensibles sino que su voluntad se detiene en estos gustos y se ceba en ellos, daño le hacen y debe apartarse de usarlos. Porque aunque con la razón se quiera ayudar de ellos para ir a Dios, todavía por cuanto el apetito gusta de ellos según lo sensual, y conforme al gusto siempre es el efecto, más cierto es hacerle estorbo que ayuda y más daño que provecho".

"Parece cosa recia y muy dificultosa poder llegar el alma a tanta pureza y desnudez, que no tenga voluntad y afición a ninguna cosa", dice San Juan de la Cruz. Pero más adelante afirma: "En este camino siempre se ha de caminar para llegar; lo cual es ir siempre quitando querer, no sustentándolos; y si no se acaban todos de quitar, no se acaba de llegar". Ninguna cualidad espiritual logrará en el hombre realizar una auténtica transformación si antes no ha aprendido a recorrer el camino de la liberación a través del desprendimiento y desapego de los impulsos del yo. "Porque el alma que tiene asimiento en alguna cosa aunque más virtud tenga no llegará a la libertad de la divina unión. Porque tanto me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a uno grueso; porque aunque sea delgado, tan asida estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar".

La conquista de la "divina unión" se realiza en una lucha en la que al fin vence el espíritu a medida que el hombre trasciende su personalidad, su yo individual. Las dos formas de espíritu, el puro y perfecto y el limitado individual no pueden convivir en única e indivisible realidad. Es menester la muerte y expulsión de uno para la plenitud de vida del otro. Esta aniquilación y superación del yo individual se realiza en la *Noche del espíritu*, que es la morada de la libertad; primero por la acción de la voluntad aunque con el auxilio de la gracia divina y luego por la obra de Dios. En esta noche mediante un lento proceso de purificación, el entendimiento, la memoria y la voluntad, sucesivamente se van despojando de sus imperfecciones naturales, mediante el auxilio de las tres virtudes: fe, esperanza y caridad.

La oscura e incomprensible "escala de la fe", es el único camino accesible a las limitaciones del entendimiento en la búsqueda del conocimiento unitivo de Dios. Una y otra vez han afirmado los místicos y también San Juan de la Cruz, la necesidad de despojarse del débil e imperfecto entender humano para llegar a Dios. La fe es noche para el entendimiento porque éste en la angustia de su limitación no puede comprender la profundidad de su sentido. Sin embargo, esta "noche espiritual de la fe" más oscura que la anterior, porque priva al alma de la escasa luz que retenía, la del entendimiento, es también camino luminoso. Transponiendo el umbral de lo que naturalmente puede saber, en plena desnudez, libre de ataduras, el espíritu alcanza la plenitud de lo sobrenatural. Estando Dios por encima de todas las formas del ser, más allá de lo que podemos sentir, pensar e imaginar, es preciso buscarle por la fe, porque el alma no posee otra luz, porque sólo ella puede "penetrar hasta lo profundo de Dios".

En este tránsito de lo natural a lo sobrenatural, de lo temporal a lo eterno, de lo individual a lo universal, se realiza la unión y transformación del alma con Dios. Esta unión del alma con Dios es llamada por San Juan de la Cruz "unión de semejanza", porque en esta unión que es además unión de amor, el alma se hace semejante a Dios por participación. "La disposición adecuada para la unión con Dios no es el entender del alma, ni gustar, ni sentir, ni imaginar de Dios, ni de otra cualquier cosa; sino la pureza y amor, que es desnudez y resignación perfecta de lo uno y de lo otro sólo por Dios...".

Esta identificación del yo individual con el ser de Dios, que es la finalidad última del hombre a lo largo de este camino de perfección,

sólo puede alcanzarse, muriendo deliberada y completamente para sí mismo. Morir para el yo, en entendimiento, memoria y voluntad, perder la vida para poder salvarla, es la consigna de los que tienen anhelos de perfección y ansias de eternidad.

Para San Juan de la Cruz, la unión divina es tanto más perfecta cuanto menos conciencia tiene el hombre de sí mismo. La negación y aniquilamiento de nuestra individualidad, de lo que constituye nuestra personalidad, de lo que es refugio de nuestra soberbia y amor propio, de la vanidad de ser quienes somos y distintos y superiores a los demás, sería el único camino de salvación.

En esta búsqueda de Dios el alma debe negar no sólo lo sensible de sí misma sino también lo espiritual. El camino de Cristo es también el que ha de seguir el alma, es decir, la absoluta sujeción a la voluntad de Dios y la negación total dentro del mayor padecer "y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar".

La purificación del entendimiento implica el renunciamiento a todo camino que no sea la fe. Las mismas aprehensiones, visiones y revelaciones místicas, aunque vengan de Dios, tienen menos valor que la fe y deben ser abandonadas tan pronto como el espíritu entre en el estado de contemplación.

En la misma medida en que el entendimiento es purificado en la tiniebla de la fe, la memoria lo es en el "vacío" de la esperanza y la voluntad en la "carencia y desnudez de todo afecto" o sea en la caridad. Únicamente en el vacío absoluto de toda noticia espiritual y sobrenatural puede la memoria tener esperanza sólo de Dios.

La purificación del entendimiento y la memoria no encerraría un auténtico progreso si no se purgara también la voluntad mediante la caridad. La caridad es la forma más elevada del amor a Dios, porque en ella, Dios es amado en Sí mismo y por Sí mismo, con total desinterés. Para unirse en caridad, la voluntad no sólo ha de despojarse de todo apetito y gusto, sino que ni siquiera Dios debe ser amado en vistas de los deleites espirituales que pueda procurar. "Es una cosa imposible que la voluntad pueda llegar a la suavidad y deleite de la divina unión. ni abrazar ni sentir los dulces y amorosos brazos de Dios, si no es que sea de desnudez y vacío de apetito en todo gusto particular, así de arriba como de abajo, temporal o espiritual. . .". La caridad no sólo libera

al hombre de las ligaduras que lo atan a sí mismo, a una obstinada afirmación de su yo, y lo separan en su creciente impenetrabilidad de los dones de la gracia, sino que le señala el único camino accesible a su limitación, para comprender a Dios. Sólo el amor como una operación de la voluntad, única e incomparable a los sentimientos y emociones, puede alcanzar este conocimiento-unitivo de Dios en el cual "cognosciente, conocido y conocimiento se hacen uno". La caridad es además signo de humildad, de ausencia de vanidad, de tranquilidad interior, de abnegación sin lástima de sí mismo, de total anonadamiento.

En la *Noche del espíritu*, San Juan de la Cruz habla de las purificaciones que sufre el alma, tanto en su aspecto sensitivo como espiritual, en el estado de perfección, es decir, de unión de amor con Dios, después de haber atravesado el estrecho camino que conduce a la cima de este Monte.

En esta purificación pasiva, Dios verifica en el alma el perfeccionamiento que ella no puede hacer por sí misma. Tantas son las imperfecciones que el espíritu ha adquirido en su comercio con el mundo, que sólo Dios puede borrar las huellas de miseria que ha impreso el apetito. En esta oscura y "seca" noche de contemplación, el alma siente tal vacío y ausencia, que se cree abandonada y repudiada por Dios. Después de haber recorrido un camino de progresiva perfección, de pronto se siente abandonada al "conocimiento de sí misma y de su miseria". Oculta tras el "traje de fiesta" de su prosperidad pasada, no percibe su auténtico ser hasta que Dios la despoja y la viste con el "traje de trabajo, sequedad y desamparo". La impotencia en que se ve sumida para hacer nada, ni por Dios ni por sí misma, considera San Juan de la Cruz que es más valiosa que todos los trabajos anteriores. A través de la sequedad de esta noche, el alma conoce su miseria, pero también la grandeza y excelencia de Dios.

Después de esta primera purgación que es la del sentido, el alma entra en la noche del espíritu que es "influencia de Dios en el alma". Son tantos y tan insuperables al comienzo los sufrimientos del alma en esta noche en que Dios "la instruye en perfección de amor", que es no sólo tiniebla sino pena y tormento. El dolor de su miseria y la angustia de haber perdido todos sus bienes para siempre, "trae en el espíritu un gemido tan profundo que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales". Pero las torturas de esta noche son recom-

pensadas con amor y sabiduría. La oscuridad y las tinieblas, de los sentidos y del espíritu, son reemplazadas por la divina luz de Dios, que brinda al alma los primores de su sabiduría. Pero además de darse Dios a Sí mismo, el alma comprende: primero "que aquí ama el alma a Dios no por sí, sino por Él mismo; segundo, que ama a Dios porque en esta unión vehemente, se absorbe el alma en amor de Dios y Dios con gran vehemencia se entrega al alma; tercero, no lo ama sólo porque por Sí mismo es largo, bueno y glorioso, etc., sino mucho más fuertemente porque en Sí es todo eso esencialmente".